

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

El encuentro de Jesús con los dos discípulos que narra el evangelio de hoy es el paradigma del modo como Dios sigue acercándose al hombre. Andrés y el otro discípulo eran seguidores de Juan y les bastó una indicación de este («Este es el cordero de Dios») para correr detrás de Jesús. Fue como la señal con la que les indicaba: «Yo os he traído hasta aquí, ahora debéis seguirlo a Él». Cuando Jesús descubre que van detrás de Él, les pregunta: «¿Qué buscáis?». Esta es una pregunta dirigida al centro del hombre que sólo puede responderse escuchando la voz de la conciencia. Jesús no les hace una pregunta circunstancial, sino que los coloca ante una decisión radical de su existencia. Por eso los discípulos responden con una pregunta que no es: «¿qué nos puedes enseñar?», sino: «Rabí, ¿dónde vives?», es decir: «Maestro, te buscábamos a ti y sabemos que la respuesta a tu pregunta consiste en vivir contigo».

El cristianismo consiste en vivir con Jesús. La respuesta adecuada al Dios que ha acampado entre nosotros es quedarnos a vivir con Él. Y todo pasa por la experiencia de un encuentro. Por eso Jesús les dice: «Venid y veréis». No hay nada más lejano al intelectualismo que el cristianismo. Durante el Jubileo del año 2000, ante la multitud de jóvenes reunidos en Roma, Juan Pablo II habló del «laboratorio de la fe», es decir, de la posibilidad de seguir experimentando hoy la cercanía de Jesucristo. Y eso es lo que la Iglesia ofrece al hombre de hoy: encontrarse con Cristo para vivir con Él.

La primera lectura, que narra la vocación de Samuel, muestra una de las maneras que tiene Dios de llamar, que es hablando directamente. Pero ya Casiano había señalado que a veces Dios nos llama a través de otros hombres, e incluso mediante la necesidad. No es casual que muchas personas hayan acabado uniéndose a Jesús siguiendo a otros cristianos. Del mismo modo en que los primeros discípulos se fiaron del Bautista y, a través de él, llegaron a Cristo, en la historia de la Iglesia muchas personas han llegado a Dios mediante otros. Esto es así porque Dios verdaderamente se une al hombre. Lo decía san Pablo en la segunda lectura: «Él (el Espíritu Santo) habita en vosotros porque lo habéis recibido de Dios». Por esto mismo el verdadero apostolado conduce a Cristo y es, a la vez, lo que verifica la verdad de cualquier iniciativa.

Lo vemos también en el evangelio de hoy. Andrés, transformado después de pasar unas horas con Cristo, se encuentra con su hermano Simón... ¿y qué hace? Algo bien simple. Le habla de lo que ha vivido, y lo hace con tal convicción que su hermano se fía de él. Y entonces Andrés «lo llevó a Jesús».

Este método sigue vigente en la Iglesia. Hablan de Cristo y llevan a Cristo los que se han encontrado con Él. Como dirá después el apóstol san Juan, nosotros hablamos de lo que hemos visto y oído. Aunque hay un depósito inamovible de doctrina, la fe se transmite como algo vivo. De ahí que nosotros siempre podamos verificar lo que la Iglesia nos enseña en el contacto vital con Cristo, en la familia cristiana y en la presencia sacramental de la Eucaristía.

Este mismo Cristo que se hizo carne y sangre en las entrañas purísimas de María, es el mismo Cristo que se nos da en la Eucaristía, y que aceptamos en nuestro corazón y en nuestra vida. Él estará aquí. Se hará presente. Estaremos con él, como los apóstoles del evangelio, y nos dejaremos transformar por él.